

liese. Pero el mayor obstáculo para dominar la Grecia, como deseaba, era el ser extranjero; de modo que su intento debía dirigirse ante todo á hacerse mirar como Heleno, y á que se contara la Macedonia entre los Estados helénicos.

Guerra
sagrada.
335-
346.

Para esto le proporcionó medio la guerra sagrada, que acabo de mencionar; guerra civil que duró diez años, excitada por animosidades personales, dirigida por intrigas, sostenida por armas mercenarias, y concluida con la malhadada intervencion de los extranjeros. La Fócide, situada muy ventajosamente, se enriquecía en gran manera por medio del templo de Delfos; de suerte que podia sostener tropas asalariadas, y disfrutar de una paz armada. Mucho tiempo ántes habia declarado el dios malditos los territorios de Crisa y de Cirra; por lo cual habia sido su poblacion exterminada, y el terreno condenado á perpétua esterilidad. Pero aconteció á la sazón que los habitantes de la Fócide cultivaron una porcion de él, y el consejo de los Anficiones los declaró sacrilegos al mismo tiempo que multaba en cinco talentos á los Espartanos por haber sorprendido veinticinco años ántes, durante la paz, la ciudadela de Tébas.

Aquel consejo mantenía aun los vínculos de consanguinidad entre los grandes y los pequeños Estados de la Grecia; pero las intrigas ó la fuerza dictaban sus decisiones con mas frecuencia que la recta justicia. En esta ocasion no tuvieron tanta parte en la condena el sacrilegio y la perfidia, como el rencor de los Tebanos, deseosos de renovar la lucha con los de Esparta. Filomelo, natural de la Fócide, cuya ambicion habia dado pábulo á aquel fuego, fué elegido general por sus compatriotas, y habiéndose enseñoreado del templo de Delfos, pagó con las grandes sumas que encontró allí las tropas de Atenas y de otros puntos, que necesitaba para hacer frente á los Tebanos y á los Locrenses, aliados de estos, los cuales acudían á poner en ejecucion la sentencia de los Anficiones, que habian confiscado el territorio de los contumaces Focidenses. Muerto Filomelo, Oemarco, su hermano y sucesor, tan ambicioso como él, y mas astuto y valiente, continuó haciéndose prestar dinero por el oráculo de Apolo; atrajo á sí gran número de tropas con el incentivo de un buen estipendio; venció á los coligados y á Filipo, rey de Macedonia, y por fin, queriendo sostener contra este á los tiranos de Féres, fué muerto, dejando su peligroso puesto á su hermano Faillo.

La guerra seguía con encarnizamiento como todas las guerras de opiniones; los Tebanos mataban á cuantos Focidenses cogían, considerándolos como excomulgados; los Focidenses, en venganza, hacían lo mismo, cometiendo mil atrocidades, mientras se corrompían con las innumerables riquezas puestas de improviso en circulacion á consecuencia del robo del tesoro de Delfos. Bardajes y cortesanos iban adornados de donativos sagrados, y en Metapento se vío

en una fiesta pública á una aulétrida que lle-
vaba en el dedo una joya, regalada por aquella
ciudad al dios.

Faillo redujo á dinero cuanto restaba del tesoro sagrado; lo que compuso una suma de cuatrocientos talentos (veintiun millones de francos), y ademas seis mil en estatuas de plata y quizá otro tanto disipado ó robado. Con tan fuertes argumentos, no solo adquirió mercenarios, sino que obtuvo auxilios de los Lacedemonios y los Atenenses. Los Tebanos, los Dorios, los Locrenses, cuantos profesaban respeto y veneracion al dios, buscaban apoyo en Filipo, quien se granjeaba estimacion y partidarios presentándose como protector de la religion, y para abuyentar las sospechas, se entregaba á una vida alegre, en tanto que aumentaba su poderío, añadiendo la caballería tesálica á la falange. Con estas fuerzas intentó penetrar en Grecia; pero los Atenenses, acudiendo con tiempo á las Termópilas, rechazaron á sus bárbaros vecinos, y reunido el consejo de los Anficiones se acordó vigilar los movimientos de Filipo.

Humillado, pero no desalentado, sitió á Olinto, la tomó y destruyó, asegurando así las fronteras contra las incursiones de estos enemigos. Dos traidores, que le habia facilitado la adquisicion de esta plaza, se quejaron de que los mismos Macedonios los vilipendiaban y les echaban en rostro su traicion; Filipo les dijo: *¿Qué os importan los discursos de gente grosera, que llama las cosas por su nombre?* Despues de ocupada Olinto, celebró con gran solemnidad la fiesta de las Musas, á la cual convidó á todos los Griegos amigos y enemigos; é imitando lo que se practicaba en los juegos olímpicos, dió un banquete general, y ciñó por su mano la corona á los soldados victoriosos, siempre con el deseo de seguir las costumbres de aquellos Griegos, entre quienes aspiraba á contarse.

Recurrieron los Olintios á Atenas; pero apenas Filipo dió muestras de que sabia combatir con el oro, encontró oradores que exaltaron sus virtudes é imaginaron otras de que carecía; halló generales que le vendiesen los ejércitos, y tuvo á su devocion incendiarios que quemasen los arsenales, y oráculos que filipizasen. Cuanto mas escasos y lentos fueron los socorros que envió á Olinto, tanto mas activo anduvo Filipo en las negociaciones, y mientras iban y venían embajadas, ocupó una á una las colonias, y desalojó á los Atenenses de la Eubea. En seguida, cuando nada le quedaba por adquirir, firmó la paz, excluyendo, sin embargo, del tratado á los Focidenses. Inmediatamente, para castigar á los sacrilegos y ayudar á los Tebanos, pasó las Termópilas, que habia atravesado ya la mula cargada de oro; puso el pié en la ambicionada Grecia, invadió la Fócide, y sin verter una gota de sangre, concluyó la guerra santa, ensalzado hasta las nubes por sus amigos y mirado con espanto por sus enemigos.

Despues, convocó de improviso á los Anficiones, por los cuales hizo decretar que se de-

moliesen las fortalezas de la Fócide, que se proscribiese á los jefes, que se excluyese á aquella nacion de las doce coaligadas, siendo reemplazada con los Macedonios, y atendido á que los Corintios habian prestado asistencia á aquellos profanos, se les quitase la presidencia de los juegos pitios, dándosela al mismo Filipo. Veía, pues, cumplido su voto, ¡era Heleno! presidía moralmente la Grecia; estaban humilladas ante él Atenas y Esparta, y lo que que era mas, corrompidas. Nunca se habian visto intrigas tan descaradas é inmorales; nunca el tráfico de la conciencia y del voto habian sido tan patentes, nunca se habian prostituido tanto la moral y el patriotismo. La guerra santa atraía el desprecio sobre las cosas sagradas, y la impiedad, aunque castigada con la derrota, excitaba la envidia de los que la veían recompensada con el oro. Filipo prodigaba otro oro, igualmente corruptor, porque era el precio solo de artes indignas, deslizando por senderos oscuros sin curarse de justicia ni de fe, cambiando de aspecto con los hombres de un dia á otro, y mostrándose en la apariencia vicioso y atolondrado, cuando con mas uniforme circunspeccion procedía.

Atenas no conservaba ya sino la supremacia que le daban el saber y la literatura, y el privilegio de distribuir la critica y el elogio; pero aun poseía restos de las murallas de madera que le habia sugerido el oráculo; aun podia oponer á Filipo una marina, que aunque debilitada, era muy superior á la suya, y ademas dos grandes hombres, Demóstenes y Focion. Enriquecido el primero por la naturaleza, ayudada del mas constante estudio, con una elocuencia sin igual, y dotado de una política previsora, y de esa confianza en un porvenir mejor que parece alimentar la Providencia en el corazon de algunos hombres, para que no se extinga enteramente el entusiasmo ni la desconsoladora duda impida toda clase de actividad, se figuraba en su fantasía que aun podían volver los tiempos de Aristides y Temístocles, en que el amor á la patria era la principal virtud, y creía que los tesoros, mas abundantes en Atenas que en toda la Grecia reunida, serian derramados por los ciudadanos en el momento que el procomunal los necesitase; suministrando así el amor patrio mas riquezas que los mil doscientos camellos que llevaban el oro tributario á los piés del gran rey. Tenia por cierto que los mismos mercenarios que á la sazón mantenían la Grecia, serian capaces de servir al monarca persa en las orillas del Oronte y del Ganges; pero que jamas lo servirían contra los Griegos (1). No dejaba, sin embargo, de conocer la depravacion de sus conciudadanos. *Filipo no os desprecia, decía; pero ha sabido por sus embajadores lo que yo proclamé aquí delante de todos, esto es, que nuestra nacion es la mas inconstante del mundo; que, semejante*

(1) V. la arenga de las Compañías.

á las olas del mar, es fácil de conmover; que el que tiene amigos alcanza lo que quiere; que se anda de acá para allá, pero sin que nadie se acuerde del bien público. Con esta vehemencia é intrepidez aniquilaba á sus enemigos desde la tribuna, y hacía resonar en los oídos afeeminados de los suyos los desusados nombres de gloria, utilidad comun, libertad; fuerza moral que protesta contra la física.

Por el contrario, Focion miraba á su patria como hombre que habia experimentado los mayores desengaños, desconfiando del carácter y de los recursos públicos, amándola y sirviéndola con mas corazon y rectitud que Demóstenes, pero como un médico que asiste á un enfermo de cuya salud desespera. Creyendo que el ciudadano, como los héroes de Homero, tenia obligacion de saber no solo ejecutar, sino hablar, estudió la elocuencia, sin intencion de hacer alarde de ella, y solo para poder decir mas cosas en ménos y con mas eficaces palabras. Viéndole uno meditabundo ántes de arengar, le preguntó: *¿En qué piensas, Focion?* — *Pienso, respondió, en el medio de abreviar lo que voy á decir.* Decía á Leóstenes: *Tus palabras, jéven, se parecen á los cipreses que se elevan mucho, pero no dan fruto.* Su íntegra pobreza contrastaba con los desórdenes y la corrupcion de los demas, y se oponía descubiertamente á los delirios de la chusma dominadora. Oyendo una vez aplaudir á esta su discurso, preguntó á un amigo: *¿Se me ha escapado quizá alguna tontería?* Y como le dijese Demóstenes: *El pueblo te asesinará si enloquece,* contestó: *Y á ti, si adquiere mas juicio.* El inepto y malvado Cáres ridiculizaba un dia el espeso entrecejo del filósofo, y este dijo: *Mis cejas, oh Atenenses, no os han hecho nunca daño; pero muchas veces os han hecho llorar las bufonadas de hombres semejantes.*

Demóstenes era, pues, hombre de entusiasmo, que no queria llevar al pueblo á lo fácil, á lo ventajoso, sino que mostraba que la salud pública debía venir despues de lo bello y de lo honesto; por el contrario, Focion, utilitario, lo obligaba á descender al terreno de la realidad, del cálculo; prueba peligrosa para la elocuencia, y que hacía decir á Demóstenes: *Focion es la segur de mis discursos.*

Demóstenes y Focion conocieron desde el principio el largo y hereditario intento de los Macedonios, y que aquella mezcla de audacia y astucia, de violencia y miramientos de Filipo vendrían á ocasionar por último la ruina de la libertad griega. Pusieron, pues, en obra contra ellos todo su poder; pero es maravilloso que Focion, que habia tenido el mando de las tropas cuarenta y cinco veces, se presentase en esta ocasion aconsejando constantemente la paz, y que Demóstenes, por el contrario, cobarde, pusilánime, clamase por la guerra. Á un ciudadano que preguntaba á Focion, si se atrevía aun á hablar de paz, le respondió este: *Me atrevo, aunque sé que habiendo guerra tú me*

obedecerias, y que mientras dure la paz te obedeceré yo á ti. Recomendaba siempre á sus conciudadanos que no se aventurasen á nada, para no exasperar con la resistencia á Filipo; y si oía declamar contra este, ocupaba la tribuna y censuraba el discurso pronunciado en tal sentido. Si se proponía una expedición, decía: *Creo mejor recurrir á la súplica; pues es preciso ser ó los mas fuertes ó los amigos de los mas fuertes.* Y al pueblo: *Os aconsejaré la guerra cuando podáis sostenerla: cuando vea á la juventud valerosa y obediente: á los ricos ser dardiosos con la república, y á los oradores no enriquecerse á expensas de esta.*

En efecto, los oradores llevaban á la tribuna el frenesí de la victoria, y no el convencimiento de lo mejor; mientras que los sofistas enseñaban en la escuela á lidiar con las armas del ingenio y no á raciocinar. Espadas mercenarias defendían á Atenas; la juventud se entregaba á orgías: las rentas públicas se malgastaban en teatros y espectáculos, bajo pena de muerte al que propusiese darles otro empleo; se traficaba con la justicia; las magistraturas y los mandos se conferían por intrigas; la afición á una vida sensual había reemplazado á la sed de gloria, y el escepticismo y la burla á las creencias; y cuando se acerca un pueblo bárbaro á recoger la herencia de una civilización moribunda, su triunfo es infalible.

Filipo, una vez admitido en la sociedad helénica, y con derecho por consiguiente á ser respetado y obedecido por los Griegos, quiso dejar al tiempo el cuidado de consolidar los nuevos sentimientos; y volviéndose á Macedonia, como si en todo pensase menos que en la Grecia, llevó sus armas contra la Tracia, la Iliria y el Quersoneso, extendiendo su reino hasta el Danubio y el Adriático, y proporcionándose una excelente caballería ligera. En seguida, aumentándose con las empresas anteriores su osadía para acometer otras nuevas, y bajo el pretexto de que los Atenenses habían ayudado á sus enemigos, ocupó parte de la Eubea, region que él llamaba una de las ligaduras con que se podía atar á la Grecia, y puso sitio bajo leves pretextos á Perinto y Bizancio, con cuya posesión hubiera podido rendir por hambre á su gusto á Atenas. En este momento las Filípicas de Demóstenes despertaron de su letargo á los Atenenses, los cuales por su consejo buscaron la alianza del rey de Persia, mientras levantaban ejércitos, y confiaban su mando á Focion, quien con singular habilidad obligó á Filipo á retirarse.

Este, para distraer de nuevo la atención, marchó otra vez al Danubio, é hizo correrías por la Escitia, conmoviendo entretanto la Grecia por medio de sus emisarios. Habiendo los Locrenses de Anfisa reincidido en el sacrilegio de cultivar terrenos sagrados, les declaró la guerra; y Esquines, émulo de Demóstenes en elocuencia y vendido á Filipo, propuso y persuadió á los Anficionos que eligiesen al rey macedonio por capitán de los Griegos. Filipo, que no deseaba

otra cosa, se hizo de rogar por algun tiempo, y luego aceptando entró en Grecia, tomó á Platea, que era la plaza mas importante de la Fócide, y dejó entrever que no le movía solo el deseo de vengar al ofendido Apolo. Entonces los Tebanos se creyeron amenazados; Demóstenes tronó desde la tribuna, poniendo á la vista lo inminente del peligro; Atenas y la Beocia se coligaron. En vano les aconsejó Focion el mantenimiento de la paz; en vano fueron las sinietras respuestas de la Pitonisa; dióse la batalla de Queronea y los coligados llevaron la peor parte. El batallón de Epaminondas combatió como debía en la última lucha por la libertad, y los cuatrocientos perecieron todos (1); Demóstenes, arrojando el escudo, huyó; y Focion, que había sido excluido del mando, contuvo los ánimos, próximos á desesperarse.

Esta batalla entregó la Grecia á merced de Filipo, quien celebrándola alegremente, cantaba entre copa y copa el decreto lanzado contra él por Demóstenes. Pero el orador Demades, prisionero suyo, le dijo: *Si la fortuna te permite que seas Agamemnon ¿por qué quieres mostrarte igual á Tersites?* Esta justa observación hizo entrar en sí al Macedonio, y por un acto de generosidad envió libres los prisioneros á Atenas, renovó con esta los tratados y concedió la paz á los Beocios, dejando no obstante guarnición en Tébas.

Demóstenes juraba por las sombras de los héroes muertos en Platea, en el Artemisio y Salamina, que los Atenenses no habían hecho mal en emprender aquella guerra, y estos, pensando como él, le encargaron la obra de fortificar á Atenas, que veían amenazada por Filipo, y le decretaron una corona de oro, la cual le disputó vivamente Esquines.

Por mucho que declamase Demóstenes, exagerando, inducido de la ira y del deseo de alcanzar su objeto, nunca creemos que Filipo quisiese destruir la nacionalidad de Tesalia y de Grecia, y si que tendía á abarcar en sus manos el mando supremo de naciones independientes. ¿Quién puede decir que esta liga monárquica no habría hecho la suerte de la Grecia mas afortunada y duradera? Por otra parte ¿quién le impedía subyugarla si tal hubiese sido su voluntad? Ocupar el primer lugar era únicamente lo que pedía por medio de embajadas y oradores, y esto mismo se propuso al promover de nuevo el asunto nacional de hacer la guerra á los Persas.

Corrian voces de que Artajerjes Oco, nuevo rey de Persia, amenazaba á Atenas con el designio de castigarla por haber socorrido á Farnabazo, sátrapa rebelde. Esta pareció ocasion oportuna á Filipo para ejecutar su otro gran

(1) En e poliandrio que se les erigió, se colocó un leon colosal de mármol blanco « en señal de su valor (dice Pausanias); pero ningún epitafio, porque la fortuna hizo traición al valor. » Los restos de este monumento, la cabeza, parte de las ancas y otros varios miembros han sido dibujados por Dupré, en el *Viaje á Atenas y Constantinopla*.

Batalla Queronea, 3 de agosto. 338.

Carácter de Filipo.

designio, que consistía en armar toda la Grecia contra el Asia, y representar el último acto de la gran tragedia de los Medos, quitando para siempre de en medio á un enemigo que, primero con las armas y luego con intrigas, había destrozado la Grecia. La ambición personal impulsaba á Filipo; pero el proyecto era grandioso, y ninguna otra empresa podía reunir mejor los ánimos de todos. Había antiguos y recientes ultrajes que vengar; las ciencias esperaban enriquecerse con nuevos conocimientos, los aventureros ganar nuevas batallas; la retirada de los diez mil, la expedición de Agesilao, las tentativas de Jason de Feres, presentaban como posible, y hasta fácil derribar el solio de Ciro.

De tan gran empresa solo Filipo podía ser jefe; pues ¿ á quién, sino á él, habían de proponer los oradores y los oráculos ganados con el cohecho? En vano gritaba Demóstenes: *¿Cómo no despreciáis á ese Filipo? Él no es Griego; nada tiene de tal, y ni aun entre los bárbaros procede de sangre ilustre: es un vil Macedonio, procedente de una tierra de donde jamas nos ha venido un esclavo que valiese algo.* El patriotismo falseaba el juicio ó exageraba la expresión de Demóstenes. Porque Filipo era, sin duda, corrompido y corruptor; pródigo de su oro con bufones, rufianes y Tesalios impúdicos; disimulador y simulador profundo; generoso nada mas que por cálculo; desvergonzado en la mala fe; despreciador de la raza humana, que creía fácil de aterrar ó de comprar; pero en medio de estos mismos vicios, se mostró algunas veces digno discípulo de Epaminondas. Ni podía llamarse bárbaro un hombre que gustaba de oír la verdad, tan amarga para los poderosos, y aun solía decir, que los oradores de Atenas le habían hecho un gran servicio reprendiéndole sus defectos, pues así podía corregirlos. Un prisionero, en el acto de la venta, le echó en cara mil faltas: *Ponedlo en libertad*, dijo Filipo; *ignoraba que fuese amigo mio.* Instigado á castigar á uno que hablaba mal de él, dijo: *Veamos ántes si le hemos dado motivo para censurarme.* Habiendo condenado á una mujer al salir de un festin, exclamó esta: *Apelo á Filipo en ayunas*; y él volvió á ver la causa y sentenció con mas justicia. Otra, á quien negaba audiencia, diciéndole *No tengo tiempo*, le respondió: *Cesa, pues, de ser rey.* Demócáres, embajador ateniense, le expuso su comision con grande insolencia, y preguntándole Filipo, al tiempo de despedirlo, si podía ser útil en algo á la república, contestó: *Si, ahorcándote.* Los concurrentes prorumpieron en voces pidiendo su castigo, pero Filipo los aplacó, diciéndoles: *Dejad ir en paz á ese bufon*; y añadió, dirigiéndose á los demas embajadores: *Decid á vuestros compatriotas, que quien se insolenta de tal modo, es muy inferior al que, pudiendo castigar, perdona.*

Era mas bien el amigo que el jefe de sus sol-

dados. Adornó á Pella de edificios, y atrajo allí y protegió las bellas artes y las letras. Honraba el ingenio hasta en sus enemigos, y aspiraba á introducir en su reino las artes y la civilización que daban en el mundo tan gran celebridad á la Grecia. Cuando nació Alejandro, presuntó sucesor al trono, escribió á Aristóteles: *Tengo un hijo, y doy gracias á los dioses con tanto mayor motivo cuanto me le ha concedido viviendo tú. Espero que querrás hacerle digno de que me suceda.*

Repudió despues á Olimpia, hija del rey de los Molosos y madre de Alejandro, y se casó con Cleopatra. Atalo, tio de esta, dijo en un festin, que su sobrina daría á Filipo un heredero legítimo. *Pues qué, ¿soy yo acaso bastardo?* exclamó el jóven Alejandro arrojándole á la cabeza una copa. Encolerizado Filipo se levantó contra él; pero, tambaleándose á causa del mucho vino que había bebido, tropezó en los escaños y cayó al suelo: Alejandro se puso entonces á hacerle burla y le dijo: *¿Presumes pasar de Europa á Asia, cuando no puedes ir de un lecho á otro!* Esto le indispuso con su padre, y aun le obligó á salir del reino; y fuese efecto de su venganza ó de la de Olimpia, ó golpe que proviniese de la Persia, deseosa de disipar la amenazadora nube, ó bien resultado de algun resentimiento personal, el hecho es que un tal Pausánias asesinó á Filipo en las fiestas con que celebraba el casamiento de su hija, á los cuarenta y siete años de edad y veinticuatro de reinado.

CAPÍTULO XIX

Alejandro Magno.

Los Atenenses, que no tenían mas esperanza que en la muerte de Filipo, confiando respirar en cuanto empuñase el cetro su hijo Alejandro, á quien creían imbécil y vano, celebraron con indecentes regocijos la noticia del asesinato. Demóstenes, olvidando haber dicho otras veces: *Si muere Filipo, crearéis luego otro* (1), se presentó coronado de flores, y aconsejó dar gracias á los dioses y ofrecer coronas á Pausánias; pero Focion decía: *No hay sino un soldado ménos en el ejército que nos derrotó en Queronea.*

Alejandro debía realizar con mas grandeza los designios de su padre, apoyado en las lecciones políticas de este y en las científicas de Aristóteles. Su natural ambición fué estimulada tal vez por la lectura habitual de la Iliada, que llamaba guía del arte militar, y cuyos héroes, mas ó ménos que hombres, malearon quizá la índole del que parecia destinado á regenerar la

(1) Esta frase revela al hombre eminente, que ve nacer los grandes hechos del encadenamiento de los antecedentes, y no de las personalidades en que se manifiestan ó del pequeño accidente que comunica el impulso. Voltaire, al referir que Carlos VI murió envenenado por una seta, dice que aquella seta cambió la faz de Europa. ¡Grandiosa idea la de la balanza europea que pierde su equilibrio por el peso de una seta!